Trabajo de Máster - ACCEP

El atravesamiento del fantasma

Vera Cataño

Tutora: Inés Rosales

Barcelona, marzo de 2026

ÍNDICE

Introducción 3

Conceptualización del fantasma 4

La construcción del fantasma 6

El atravesamiento del fantasma 8

Conclusiones 11

Bibliografía 13

Introducción

En la enseñanza de Jacques Lacan, el fantasma ocupa un lugar central en la articulación entre el sujeto, el deseo y el goce. A diferencia del concepto freudiano de *fantasía*, el fantasma no hace referencia a un contenido imaginario, sino que designa un armazón fundamental que sostiene la posición del sujeto frente a la falta introducida por el lenguaje y frente al enigma del deseo del Otro.[1]

Lacan formaliza el fantasma mediante la escritura $ ◊ a, en la que el sujeto barrado, dividido por su entrada en el registro simbólico, se articula con el objeto a, en tanto causa de deseo. El fantasma funciona entonces como una respuesta singular de cada sujeto frente a la pregunta por su lugar en el deseo del Otro, al mismo tiempo que organiza su relación con el goce.

En este sentido, el fantasma constituye una estructura relativamente estable, que orienta las modalidades de repetición, las elecciones de objeto y las formas de sufrimiento. Su persistencia y su resistencia al cambio dan cuenta de su función estabilizadora y de su implicación en el mantenimiento del síntoma.

El presente trabajo se propone abordar el concepto de fantasma en el psicoanálisis lacaniano mediante tres ejes. En primer lugar, se desarrollará la conceptualización del fantasma, a partir de sus operadores principales. En segundo lugar, se examinará la construcción del fantasma como una experiencia propia del análisis, ligada a la transferencia y al deseo del analista. Finalmente, se abordará el atravesamiento del fantasma, noción para pensar el tramo final de un análisis y la transformación que, como consecuencia, se produce en la relación del sujeto con el goce.

Este recorrido busca situar el fantasma no solo como un concepto teórico, sino también como un elemento central en la dirección de la cura.

[1] Lacan, J., «La lógica del fantasma», en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 346.

Conceptualización del fantasma

Para poder conceptualizar el fantasma es necesario remontarnos a la alienación, mediante la cual se constituye el sujeto en el campo del Otro, y a la operación de separación que introduce el objeto a, tal como Lacan las formula en el Seminario 11.[2]

Si partimos de la definición lacaniana del sujeto como aquello que un significante representa para otro significante, en un primer momento el sujeto queda atrapado por la cadena significante del Otro. Es lo que Lacan denomina la alienación: el sujeto aparece como efecto de sentido del lenguaje, pero se produce simultáneamente su desaparición o afánisis como ser vivo.

En un segundo momento, en la operación de separación, el sujeto percibe que el Otro desea algo más allá de él —un deseo que le resulta enigmático— e infiere que este está en falta; surge entonces la pregunta por su lugar en el deseo del Otro: *Che vuoi*? («¿Qué me quiere?»). Esta operación le permitirá al sujeto introducir una hiancia respecto del efecto de la alienación y «parirse» o engendrarse a sí mismo (Lacan juega con los términos latinos *separare* y *se parere*).

El sujeto responde a la falta del Otro con su propia falta. Aquí la pregunta que se articula es: «¿Puedes perderme?». En esta intersección entre el vacío del sujeto y el vacío del deseo del Otro, surge el objeto a como un resto o desecho de la operación.

Para Lacan el objeto a no es aquello a lo que tiende el deseo, sino el objeto que causa el deseo. Es una de sus tesis más innovadoras, y marca una distinción crucial para entender la economía libidinal: mientras que los objetos del mundo imaginario son metas que prometen una satisfacción total, aunque son siempre decepcionantes, el objeto a es una falta que pone en marcha el deseo del sujeto.

Desde esta perspectiva, el objeto a es un resto no simbolizable que funciona como soporte del fantasma y que está relacionado con la pulsión y la repetición.

Lacan distingue la pulsión, que se articula a partir de la incidencia del significante en el cuerpo, del instinto. Esto implica que, a diferencia de los animales, no existe en el ser humano una complementariedad entre los sexos. Esta brecha deja un resto de goce opaco al sentido que

[2] Lacan, J., *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, caps. XVI y XVII, pp. 211-237.

se inscribe en el síntoma como una forma de escritura que no se deja integrar plenamente en la cadena significante.

La pulsión no busca satisfacer una necesidad biológica, sino que es una fuerza constante que consiste en el recorrido circular alrededor del vacío que representa el objeto *a*. Lacan se refiere a la pulsión como un montaje acéfalo, es decir, sin un sujeto consciente.

La pregunta lacaniana es entonces qué es lo que se repite, dado que el objeto nunca se alcanza. Lo que se repite es el circuito. En este contexto, Lacan introduce la noción de repetición para dar cuenta de la insistencia temporal del circuito pulsional alrededor del objeto a.

Mientras la pulsión describe el circuito del recorrido del goce, la repetición designa la insistencia de esa fuerza constante en la vida del sujeto. En dicha insistencia, Lacan sitúa la función del encuentro con lo Real (*tychê*) en tanto se halla encubierta tras el aspecto de la reiteración significante (*automaton*). El objeto a constituye el eje central alrededor del cual se organizan tanto la pulsión como la repetición.

En este contexto, el fantasma actúa como una pantalla protectora que vela y organiza la relación del sujeto con lo Real del goce y le permite protegerse de la angustia que le produce el encuentro directo con la *tychê*.

La necesidad del fantasma responde a la tesis de Lacan de que «no hay relación sexual» que pueda inscribirse en el ser hablante.[3] El fantasma surge entonces como un suplemento para paliar esa ausencia de relación y proporciona un marco donde el goce se vuelve posible. Esta articulación entre el sujeto barrado y el objeto a se formaliza mediante el *losange* del matema ($ ◊ a), el cual no designa una relación de identidad ni de causalidad, sino la manera singular en que el sujeto se vincula con el objeto que causa su deseo.

Lacan precisa que el fantasma cumple una función de axioma.[4] Al igual que en las matemáticas, el axioma no se demuestra —pues no se deduce de algo previo—, sino que es la base constante sobre la cual se sostiene la realidad para el sujeto y se deducen las coordenadas de su deseo. En este sentido, el fantasma designa su lugar en lo Real (de hecho, representa su único acceso a este registro) y es el montaje que brinda seguridad a su vínculo con él.

[3] Lacan, J., *Seminario 20: Aun*, cap. I, p. 16.
[4] Lacan, J., *Otros escritos*, «La lógica del fantasma», p. 346.

A diferencia del concepto freudiano de fantasía, entendido como una formación imaginaria ligada al cumplimiento de un deseo, el fantasma en Lacan no se reduce a un contenido representacional, sino que designa una consistencia lógica.

Las fantasías pueden variar en sus contenidos, en cambio, el fantasma lacaniano constituye una escena en la que el sujeto se sitúa respecto del objeto a, ofreciendo una respuesta singular al enigma del deseo del Otro y organizando su relación con el goce.

Esta concepción será retomada en el Seminario 20, donde Lacan vincula el objeto a con la lógica del plus-de-goce, articulando el fantasma con la economía del goce más allá del principio del placer.

En esta economía, la función del objeto a en el fantasma es también la de un condensador de goce que permite al sujeto dar consistencia a su realidad frente a lo inaprensible de la relación sexual. Esta vertiente del objeto como fijación de goce será clave para entender, en el último apartado, qué se transforma realmente en el atravesamiento del fantasma.

Desde el punto de vista clínico, a diferencia del síntoma —que se presenta como una formación del inconsciente susceptible de interpretación en términos de sentido—, el fantasma no se descifra como un mensaje, sino que fija una estructura de goce no-toda interpretable.

El fantasma cumple un papel decisivo en la clínica, ya que organiza las modalidades sintomáticas del sujeto, sus elecciones de objeto y sus formas de repetición, al mismo tiempo que fija una modalidad singular de goce.

La construcción del fantasma

La construcción del fantasma solo se puede producir en el transcurso de un análisis. Lacan no habla propiamente de cómo se produce esta construcción, pero es posible realizar una aproximación a partir de los operadores que están en juego.

En primer lugar, es necesaria la transferencia, ya que el fantasma se despliega bajo la suposición de saber. Para que se instale la transferencia, el analizante debe atribuirle un saber al analista (SsS), el cual al inicio está en posición de sujeto. De entrada, la transferencia se manifiesta como amor, el deseo de ser amado del analizante, lo cual empuja al analizante a buscar en el analista el soporte de su Ideal del yo.

En esta fase inicial, Lacan explica que «lo que más coarta la confidencia del paciente (…) es el peligro de que el psicoanalista se deje engañar por él».[5] Pero posteriormente caerá en que puede, él mismo, engañarse.

Es cuando surge la dimensión de objeto del analista y empieza a suponerse el saber al propio inconsciente. Por eso Lacan afirma que en el dispositivo transferencial solo hay un sujeto (el del inconsciente). El analista no actúa como otro sujeto, sino que ocupa el lugar de objeto a para sostener la causa del deseo y el trabajo del analizante.[6]

La construcción del fantasma se fundamenta en la operación lógica de la separación, donde el sujeto intenta dar sentido a la falta que percibe en el Otro. En la transferencia, el analizante se confronta con un intervalo en el discurso del analista y surge de nuevo la pregunta: «¿Qué me quiere?» (*Che vuoi?*), a la cual responde con su propia falta para «tapar» ese vacío. El fantasma se construye, por tanto, al delimitar el montaje que el sujeto ha erigido para responder al deseo enigmático del Otro.

En segundo lugar, está la interpretación, la cual según Lacan no debe estar abierta a todos los sentidos. «Es esencial que el sujeto vea, más allá de esta significación, a qué significante está sujeto como sujeto».[7]

Esta forma de entender la interpretación supone por tanto un límite al sentido, y además exige una posición específica por parte del analista, ya que no se trata de producir comprensión, sino justamente de operar sobre el punto donde el saber falla.

En esta posición específica interviene lo que Lacan denomina «el deseo del analista», que nada tiene que ver con un deseo personal ni con la encarnación de un ideal. Esta distinción es la que evita que el análisis se detenga en la fascinación de la imagen. Mientras que la transferencia lleva al analizante a situarse en el registro imaginario para ser amado, el deseo del analista mantiene la distancia necesaria para que el sujeto no se pierda en ese espejismo narcisista.

Es por tanto en el marco transferencial, sostenido por el deseo del analista y por su posición como objeto a, donde el fantasma puede desplegarse y delimitarse en la experiencia analítica como un montaje que organiza la posición del sujeto respecto del deseo y del goce.

---

[5] Lacan, J., *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, cap. XVIII, p. 241.
[6] Lacan, J., *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, cap. XX, p. 281.
[7] Lacan, J., *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, cap. XIX, p. 258.

La construcción del fantasma implica dejar de lado la interpretación de sentidos —que siempre remite al engaño del amor— y pasar a lo que Lacan llama la lectura de lo inconsciente. El inconsciente, al estar estructurado como un lenguaje, deja marcas o «letras» de goce que no son para comprender, sino para leer. «El inconsciente es lo que se lee ante todo», afirma Lacan.[8]

Construir el fantasma supone que el sujeto aprenda a leer, en los desfiladeros de su propio discurso y en sus síntomas, estas marcas de goce que han quedado fijadas en su cuerpo. Esta lectura permite al sujeto trazar el riel del objeto a por donde se desliza su demanda y despojar al fantasma de su ropaje imaginario para revelar su estructura de axioma lógico.

La construcción del fantasma concluye cuando esta consistencia lógica queda delimitada como el marco que protegía al sujeto de lo Real. En este punto, el analista cae de su posición de Sujeto supuesto Saber[9] para ser experimentado puramente como el desecho o resto de la operación. Esta caída sitúa al sujeto en el umbral de la destitución subjetiva,[10] momento de *deser*[11] donde, despojado de sus identificaciones, queda habilitado para el acto definitivo de su atravesamiento.

El atravesamiento del fantasma

El atravesamiento o travesía del fantasma ocurre al término de la relación transferencial y marca el final de un análisis. Lacan enfatiza que este cierre no puede ser una identificación con el analista, ya que una cura que concluye así elide su motor fundamental y se reduce a una forma de sugestión que refuerza el narcisismo del sujeto.

La resolución de la transferencia se produce cuando el analizante deja de confirmar su opción por el analista como Sujeto supuesto Saber (SsS). En este punto, el sujeto constata que el analista no posee el tesoro o *agalma* (el objeto precioso)[12] que le había atribuido al inicio y el saber que sostenía la relación se revela como un señuelo. Como consecuencia, el analista cae

[8] Lacan, J., *Otros escritos*, «Posfacio al Seminario 11», p. 529. Para un desarrollo de la función de la lectura en el análisis, cf. también Lacan, J., *Seminario 20: Aun*, cap. III, pp. 37-49.
[9] Lacan, J., *Otros escritos*, «Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela», p. 266.
[10] Lacan, J., *Otros escritos*, «Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela», p. 270.
[11] Lacan, J., *Otros escritos*, «Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela», pp. 272-273.
[12] Lacan, J., *Otros escritos*, «Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela», p. 269.

de ese lugar de idealización y queda reducido al lugar de desecho o resto (a) de la operación, lo cual precipita la destitución subjetiva del analizante al desvanecerse el saber que le suponía.

Esta caída constituye una operación lógica: al resolverse el deseo que sostenía la tarea del analizante, el analista es evacuado como un residuo (lo caído) de la experiencia. Cuando se pierde el soporte que brindaba el Sujeto supuesto Saber, el analista se desvanece para el sujeto por no ser ya más que el «saber vano de un ser que se sustrae».

Una disolución que deja al sujeto frente a la inconsistencia radical del Otro y lo conduce al punto en que la seguridad obtenida de su fantasma zozobra. En este viraje, el fantasma se le revela al sujeto ya no como la realidad misma, sino como el velo o la ventana sobre lo real que lo protegía de la angustia. Este encuentro con el vacío tras el velo lo hace caer de su fantasma y lo sitúa en el paso definitivo hacia su destitución subjetiva.

Si la construcción del fantasma permitió cartografiar el montaje que sostenía su realidad, el atravesamiento lleva al sujeto a dejar de buscar en el analista el soporte para ser amado y a confrontarse con un vaciamiento de sus identificaciones con el Ideal del yo. Esta destitución no es una aniquilación, sino el desprendimiento de las amarras que alienaban al ser en una imagen de completitud frente al Otro. Este paso permite que el sujeto se reconozca finalmente en ese nudo singular de significante y goce que constituye su núcleo irreductible, ese «hueso» de la experiencia que ya no se presta al desciframiento de nuevos sentidos.

En este cambio de posición subjetiva se revela la verdadera dimensión de lo que Lacan denomina el *deser* (*des-être*). Lejos de ser una nada metafísica, el *deser* es la comprobación de que la consistencia del sujeto no emana de una esencia plena, sino del objeto a en tanto resto o desecho de la operación significante. Al ser evacuado el analista como soporte del saber, el sujeto se reconoce a sí mismo como ese residuo inasimilable y asume finalmente la división radical que el fantasma se encargaba de velar.

Esta experiencia suele manifestarse en lo que Lacan, en la Proposición de 1967, describe como «cierta posición depresiva»[13] propia del final del análisis: un duelo por la caída del analista como depositario del *agalma* y por la disolución del espejismo del saber absoluto.

Si el fantasma funcionaba como la pantalla protectora que organizaba el goce y velaba lo Real, una vez atravesado, emerge la pregunta que Lacan califica como «el más allá del análisis» y que, según advierte en el Seminario 11, «nunca ha sido abordado»: «¿Cómo puede un sujeto

[13] Lacan, J., *Otros escritos*, «Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela», p. 273.

que ha atravesado el fantasma radical vivir la pulsión?».[14] Al caer el axioma que el deseo del Otro imponía, el sujeto queda confrontado al carácter acéfalo de la pulsión, la cual ya no busca una satisfacción mediada por el ideal, sino que realiza su recorrido circular en torno al objeto a como causa.

El desvanecimiento del Sujeto supuesto Saber y la verificación del *deser* constituyen la condición de posibilidad para lo que Lacan denomina el «final de la partida»: el pasaje de psicoanalizante a psicoanalista. En este tránsito, rige el principio de que «el psicoanalista no se autoriza sino por sí mismo», un acto de asunción subjetiva que no depende de la aprobación externa. No obstante, la Escuela ejerce un papel de garantía mediante el Pase, un dispositivo inventado por Lacan para constatar si ha surgido efectivamente un analista, esto es, si ha advenido el deseo que le permita ocupar el lugar de *deser* para otros.

Este cambio de posición desemboca en la ética del «Bien decir».[15] Frente a lo imposible de decir toda la verdad —puesto que faltan palabras para ello—, el sujeto se aviene a que la verdad solo puede ser dicha a medias. Renuncia entonces a la «verdad mentirosa» de su síntoma para dar cuenta de ese «pedazo» de verdad que testimonia su relación con lo Real.

El atravesamiento implica una mutación en la economía del goce: el sujeto ya no persigue el *plus-de-gozar* como un objeto perdido en el Otro, sino que reconoce en ese residuo la causa misma de su deseo. Al caer el velo de la idealización, el sujeto habita su propio goce de manera directa y comprueba que, ante la inexistencia de la relación sexual —aquello que no cesa de no escribirse—, solo queda la contingencia del encuentro, que permite la ilusión momentánea de un vínculo con el Otro y la responsabilidad de un decir que ya no busca garantías en el saber absoluto.

En el tramo final, el sujeto accede a lo que se define como el inconsciente real. El análisis no produce un saber total, sino un saber que «no piensa, ni calcula, ni juzga», [16] el cual opera como el trabajo acéfalo del inconsciente en favor del goce. El ser hablante verifica que el lenguaje no es solo comunicación, sino un aparato de goce que deja un resto inasimilable más allá de toda interpretación. Este saber que ya no se presta al desciframiento de nuevos sentidos, se muestra ahora como el misterio del cuerpo que habla: una producción que opera como un motor en lo Real.

---

[14] Lacan, J., *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, cap. XX, p. 281.
[15] Lacan, J., *Otros escritos*, «Televisión», pp. 551-566.
[16] Lacan, J., *Otros escritos*, «Televisión», p. 544.

Consecuentemente, el sujeto accede a un saber-hacer con la falta. Del mismo modo que el síntoma no se suprime en el sentido de una curación que lo elimine, el fantasma tampoco desaparece, sino que el sujeto queda «advertido de la estructura». El análisis conduce a la identificación con el síntoma en tanto nudo de significantes y de goce-sentido (*jouis-sens*), mientras que el fantasma permanece como un axioma que ya no lo cautiva.

El final del análisis es la integración de este resto como el único asidero posible para vivir la pulsión en el más allá del fantasma. Es allí donde el sujeto encuentra una satisfacción que ya no se extravía en el engaño del amor transferencial, sino que se asienta en la finitud del deseo y en el recorrido circular de la pulsión en torno al vacío.

Conclusiones

El fantasma constituye la piedra angular de la realidad del sujeto al proporcionar una respuesta allí donde el significante desfallece ante el enigma del deseo del Otro. Esta formalización lógica es el axioma que le permite habitar un mundo que, de otro modo, se presentaría como una pura inconsistencia traumática. Por lo tanto, el recorrido analítico busca revelar las coordenadas de ese fantasma que actúa como marco y soporte de la economía de goce.

La travesía que se inicia con la transferencia requiere la formalización de este axioma mediante la lectura de las marcas de goce fijadas en el cuerpo. El análisis posibilita que el sujeto pase de ser un instrumento de la repetición a ser un lector de su propio inconsciente. Esta fase de construcción otorga al fantasma su consistencia de montaje lógico, paso previo necesario para poder atravesarlo.

El atravesamiento se sitúa en la divergencia entre el saber y la verdad, allí donde el analista deja de encarnar el tesoro del sentido para reducirse a su función de residuo. El «final de la partida» conlleva la verificación de una falta que ninguna palabra puede colmar. En este viraje, el sujeto ya no demanda al Otro que responda por su ser, ya que asume el desvanecimiento de las garantías ideales en la destitución subjetiva.

Este desprendimiento de las amarras del Ideal del yo permite que el ser hablante se reconozca en su núcleo irreductible de goce. Al desvanecerse el espejismo de la idealización, el fantasma emerge como el velo que protege al sujeto de lo imposible de la relación sexual y este asume entonces la lógica de su propio montaje.

El cambio de posición que resulta de ello conduce a una nueva relación con el síntoma, el cual deja de ser un mensaje a descifrar para convertirse en un nudo singular de goce con el que el sujeto ha de saber-hacer. El acceso al inconsciente real lo sitúa ante un saber que prescinde del pensamiento y del juicio, pues opera como un motor en lo Real. En este punto, se integra el resto inasimilable de la operación analítica como el único asidero posible para vivir la pulsión en la finitud del deseo.

En última instancia, el atravesamiento del fantasma desemboca en la ética del «Bien decir», que reconoce en la verdad un decir a medias sobre lo imposible. El final del análisis consiste en un cambio de posición ante el vacío constitutivo del sujeto que, despojado de sus identificaciones, da fe de su «pedazo» de verdad y asienta su existencia en una satisfacción que se sostiene en el recorrido circular y acéfalo de su propio goce.

Bibliografía

Lacan, J. (1964). *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2010.

Lacan, J. (1972-1973). *Seminario 20: Aun*. Buenos Aires: Paidós, 2008.

Lacan, J. (2001). *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012. Dentro de este volumen, se referencian específicamente los siguientes textos:

«Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela», pp. 261-277.

«La lógica del fantasma», pp. 343-348.

«Posfacio al Seminario 11», pp. 529-532.

«Televisión», pp. 535-571.